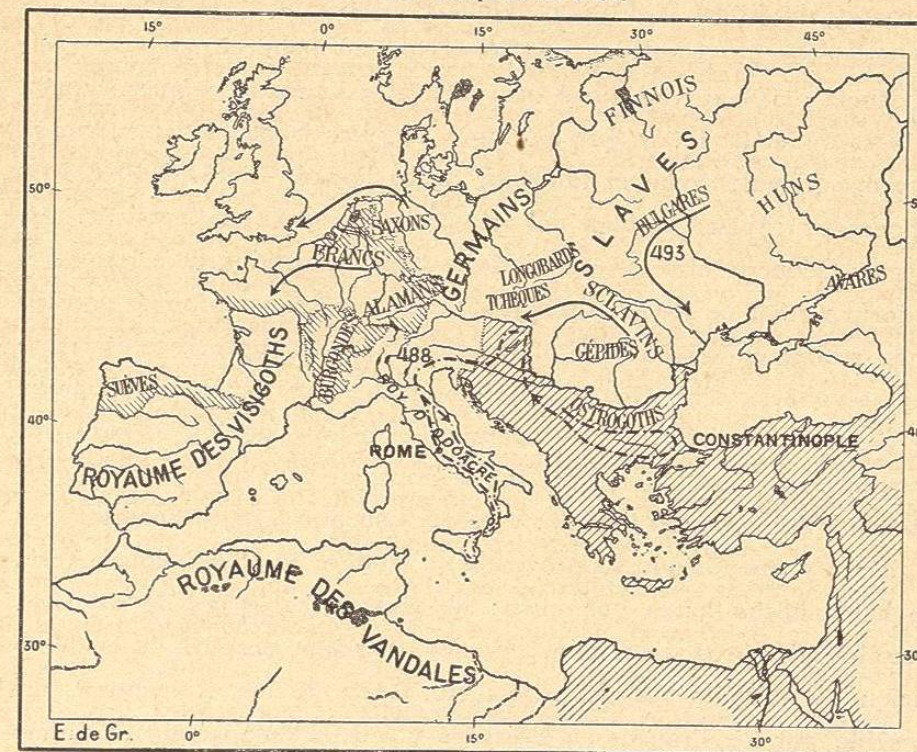


Jutes, que habitaban la península denominada indiferentemente Jylland ó Jutland; los Angles, que ocupaban la raíz de la península entre el Trave y el Elba; los Sajones, más poderosos, que dominaban el vasto territorio situado al Oeste y al Sudoeste, entre el mar y las primeras montañas, todas esas tribus, á la vez agrícolas, pastorales y marítimas tomaban parte en la gran conquista por tierra y por mar. Las flotillas de piratas sajones costeaban ya hacía doscientos años las riberas continentales del mar del Norte, depositando en distintos puntos colonias permanentes sobre las costas: pasando la Mancha se habían avanzado hasta la Armórica y el estuario del Loira. Las costas de la Bélgica actual habían tomado ya el nombre de *litus saxonicum*, y de allí los Anglo-Sajones, unidos á los Jutes, se lanzaron en 449 ó 453 para pasar el estrecho y desembarcar en la isla de Thanet, punta nord-oriental del país de Kent, actualmente transformada en tierra firme. Se dice que habían sido llamados por los vencidos de una guerra civil, y pronto aprendieron éstos á sus expensas que se habían dado amos y exterminadores. El país de los Bretones — Bretania — se convirtió en el de los Angles — Engelland ó Inglaterra, — como el país de los Galos se había convertido en el de los Francos.

Y mientras que los bárbaros se disputaban así los jirones del Imperio Romano, éste conservaba todavía un resto de vida. Después del paso de Alarico, Roma había sido reedificada y unos emperadores tímidos se habían aventurado á sentarse en el trono, protegidos por algún lugarteniente bárbaro. Una especie de reverencia impedía á los impíos poner las manos sobre la Ciudad Santa, y aquellos mismos que saqueaban sus tesoros le dirigían sus homenajes y pretendían hablar en su nombre. Sin embargo, Genserico, rey de los Vándalos, aquel conquistador que había avanzado más que todos y que había sometido más pueblos diversos, no era hombre que se detuviera por respeto supersticioso hacia la majestad romana. Ya, por su dominio sobre la Mauritania, que fué antes la comarca más útil para el abastecimiento de Roma, hacía sufrir hambre á la Ciudad Eterna, y en cuanto la ocasión le pareció favorable (455), se dispuso á tomar la ciudad y saquearla á fondo. Durante catorce días y catorce noches se hizo la obra con método; nada de valor quedó

olvidado en los palacios y en las iglesias: hermosas telas, piedras preciosas, oros y bronces, todo fué cuidadosamente tomado, y cuantas personas podían pagar rescate, hasta los obispos, fueron á formar

N.º 268. Europa de 476 á 493.



1: 40 000 000

0 1000 2000 3000 Kil.

Los principales movimientos étnicos, durante el período que comprende este mapa, fueron la invasión de Italia por los Visigodos, ocurriendo una docena de años después la supresión por Odoacro de la función honorífica de emperador romano, el descenso de los Francos hacia el centro de la Galia y la continuación del paso de las poblaciones sajonas á la Gran Bretaña.

Los Visigodos extendieron su dominio sobre la Provenza, los Búlgaros se dirigieron hacia el mar Negro, los Tchecos avanzaron hacia Bohemia.

Una banda estrecha de rayado limita los pueblos independientes de España, otra el país de los Burgondios y el de los Francos y Alamanes.

parte del rebaño de los prisioneros. No hay razón para que el nombre de «Vándalos» se haya aplicado después á ciegos destructores, que destrozan por placer y saquean sin discernimiento, porque los Vándalos sabían contar.

Después de tan terrible ejecución, el Imperio continuó que-

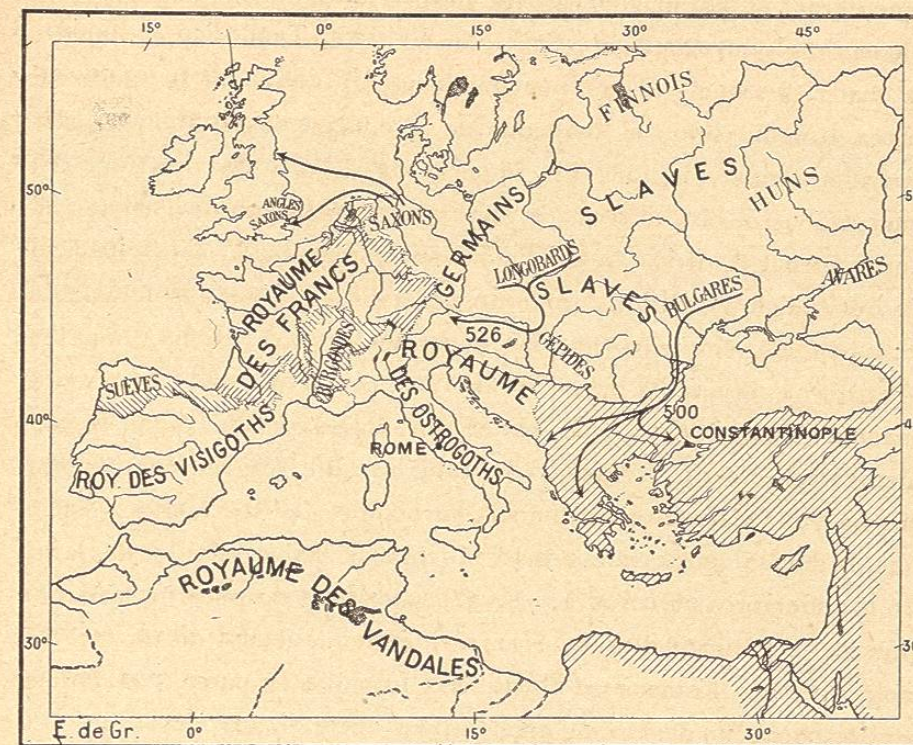
riendo vivir todavía, de tal modo es el hombre naturalmente conservador. Se reclutaron ejércitos, se reconquistaron provincias, se sucedieron emperadores en Roma y fuera de Roma. Hasta que un jefe bárbaro, comandante de la guardia pretoriana y después verdadero rey de Roma, Odovakar, Odoacro, puso fin á la farsa de los emperadores de parada, y con un desprecio benévolo depuso (año de Roma 1228) al Augusto ó más bien al «Augústulo» que ocupaba á la sazón el trono, y que por una singular ironía de la suerte se llamaba Rómulo como el fundador de la ciudad. Pero si no existía emperador titular, la idea del imperio no dejaba de persistir. El mismo Odoacro hizo ofrecer á Zenón, el emperador de Oriente, el señorío virtual de Roma, á condición de ser reconocido como patricio y de recibir en derecho el gobierno de Italia; aunque absolutamente rey, reconocía, sin embargo, las antiguas leyes de Roma, honraba el Senado y dejaba la magistratura en manos de los funcionarios romanos. Y lejos de Roma, en el norte de la Galia, unos lugartenientes del Imperio, Aegidio, y después su hijo Syagrio, continuaron rigiendo y defendiendo su provincia en nombre de Roma, como Aecio lo había hecho antes que ellos: el corazón había cesado de latir, pero los miembros vivían aún. En 486, diez años después de la deposición de Rómulo Augusto, Syagrio, «rey de los Romanos», fué vencido por los Francos en Soissons y con él desapareció el último jirón del Imperio de Occidente.

Pero la presión de las tribus bárbaras no había cesado sobre las fronteras. En 488, Teodorico, rey de los Ostrogodos, que había también revestido la dignidad de general al servicio del emperador de Oriente, descendió de su fortaleza de los Alpes á las llanuras de Italia. Vencedor en tres grandes batallas, logró, tras una campaña de cinco años, apoderarse traidoramente de Odoacro en Rávena, y, so pretexto de establecer la unidad del Imperio á beneficio del emperador de Bizancio, se hizo dueño independiente de Italia: comenzó la reconquista de las provincias apoderándose de las regiones alpinas, de Sicilia, de Provenza, ocupó el valle del Save en detrimento del Imperio de Oriente, y, por una estrecha alianza con los Visigodos, reconstituyó casi en provecho propio el Imperio de Occidente; cuatro ó cinco generaciones después de Ermanarico se desplazó el Imperio

de los Godos unos 2500 kilómetros hacia el Oeste, desde las llanuras sármatas hasta las penínsulas bañadas por el Mediterráneo occidental.

Convertido en romano por los pueblos que había sometido á su dominio, reemplazó á los antiguos dominadores en la defensa de

N.º 269. Europa de 493 á 526.



Este mapa, correspondiente á la época de Clodoveo y de Teodorico, demuestra la disminución sensible que sufrió el Imperio de Oriente bajo la acción de los Ostrogodos, lo mismo que el establecimiento de los Búlgaros en un territorio sometido nominalmente á Constantinopla.

El reino de los Visigodos ha cedido una gran parte de su territorio á los Francos, los Alamanes están más ó menos sometidos á la autoridad de Clodoveo, los Lombardos atraviesan el Danubio y se establecen en Panonia, la corriente que arrastra á los Sajones á través del mar del Norte no se ha agotado aún.

El rayado se emplea con el mismo fin que en el mapa n.º 268.

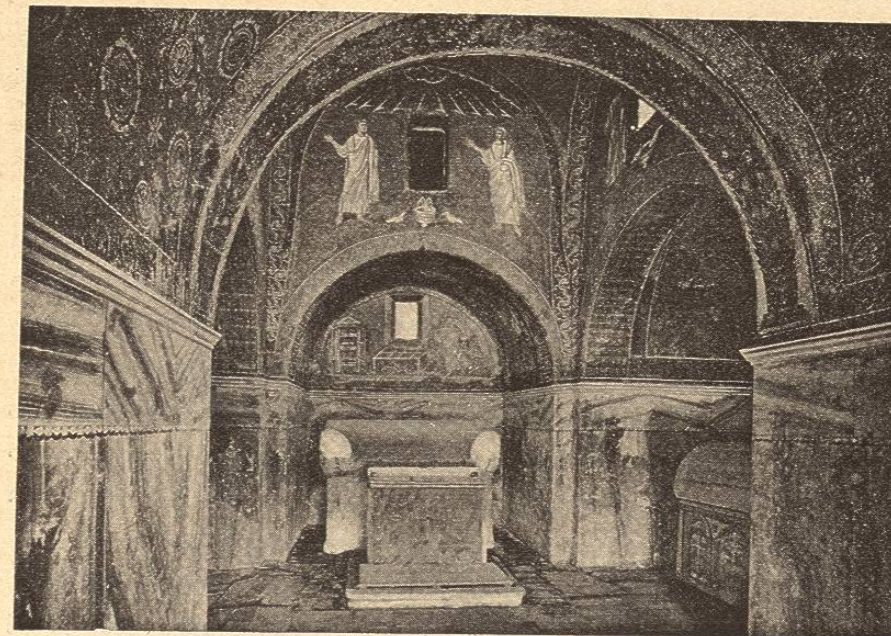
Roma, y, en vista de este fin, hubo de emplear los elementos de civilización que se habían conservado, rodearse de los hombres inteligentes é instruidos, uno de ellos Boecio, y continuar la tradición romana. Hasta emprendió el trabajo de restauración material, ele-

vando nuevos edificios, algunos de los cuales se cuentan todavía entre los más curiosos de Italia. Es notable que en aquella época de sangre se hallase un hombre capaz de detenerse en pleno impulso victorioso; en su edad más vigorosa Teodorico envainó su espada, y su reinado, que continuó durante treinta años, fué dedicado á los deberes del gobierno civil; hasta cuando su yerno Alarico pereció á manos de Clodoveo en la batalla de Poitiers, Teodorico se limitó á detener el poder de los Francos en Arles, sin continuar su éxito, protegiendo á su nieto de corta edad¹. Así sus contemporáneos, semi-bárbaros y semi-civilizados, le admiraron á la vez como el conquistador ostrogodo y como el romano restaurador de las glorias del pasado. La leyenda germánica transformó Dietrich von Bern — Teodorico de Verona, — en un héroe casi divino que «atraviesa el mundo por la fuerza de su brazo» y recuerda al antiguo dios Thor por sus cóleras terribles cuando de su boca brotaba un hálito inflamado... La tradición latina fué muy diferente: el rey de los Godos fué considerado como un latino de la más noble antigüedad, y los eruditos se ingeniaron en construir genealogías que daban á los Godos orígenes comunes con los Romanos y los Griegos (Jordanis).

Teodorico, con otros reyes, y especialmente los soberanos visigodos, fué de aquellos que la civilización romana elevó sobre sí mismos. Del mismo modo que dos líquidos se unen por los dos conductos de un vaso que comuniquen entre sí, los elementos étnicos en contacto los unos con los otros se mezclan de manera que producen una nueva nación, tomando á cada mitad de sus componentes sus propiedades especiales para atribuir las al otro. Así como toda aleación es diferente de cada uno de los dos metales asociados, toda civilización nueva transforma y desecha las que se han unido para darle nacimiento. Si la irrupción de los bárbaros considerada en su conjunto, tuvo por resultado romanizar los Godos y los Burgundios, los Francos, los Lombardos y hasta los Vándalos, también debía de rechazo rebajar singularmente el nivel intelectual y moral de los Romanos, y, por consiguiente, el conjunto de la civilización disminuyó en proporciones enormes y para una duración de siglos.

¹ Ed. Gibbon, *Décadence et Chute de l'Empire romain*; John Ruskin, *La Bible d'Amiens*.

Los mismos Greco-Romanos se convirtieron en semi-germanizados, y los nobles representantes de las filosofías griegas, los epicúreos y los estoicos, esos intérpretes penetrantes de la génesis humana, esos valientes de tan elevado valor moral y de tan noble resistencia, se entregaron á las supersticiones vulgares, á las prácticas bárbaras, á esa furiosa intolerancia que constituyó el cristianismo de la Edad Media.



RÁVENA — MAUSOLEO DE GALA PLACIDIA EN SAN NAZARIO

Sin embargo, por desagradable que fuese la sociedad intolerante, inquieta, loca, que sucedió á la paz romana, tenía un punto luminoso ante sí, un ideal hacia el cual dirigía su vida. Con el triunfo de los bárbaros, el ciclo de la historia había de comenzar de nuevo: casi todas las conquistas de la cultura antigua se habían perdido y la reconstitución de este haber no podía hacerse sino por el trabajo de los siglos: parecía que la humanidad se hubiese remontado hacia sus orígenes; pero á su segunda salida, el mundo europeo poseía, con algunos restos del tesoro literario y científico de los Griegos y de los Romanos, la ventaja de conservar cierto sentimiento de la unidad humana. Su horizonte geográfico era más amplio que el de la gran